

# INTERRUMPIMOS ESTE PROGRAMA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 40

# INTERRUMPIMOS ESTE PROGRAMA

*por*

Kurt Hackbarth



Secretaría de  
**cultura** 

*F*ICTICIA

MÉXICO  
2012

## INTERRUMPIMOS ESTE PROGRAMA

D.R. © Kurt Hackbarth

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Primera edición: octubre 2012

### POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com)

[libreria@ficticia.com](mailto:libreria@ficticia.com)

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

### POR EL DISTRITO FEDERAL

Gobierno del Distrito Federal

Secretaría de Cultura

Fomento a la Lectura y el Libro

Publicaciones

Colección Biblioteca de la Ciudad

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-769-36-80

Impreso y hecho en México

# CONTENIDO

PRÓLOGO.....	9
EL BEBÉ FRANCÓFONO.....	13
MARCAS DE ESTATURA.....	19
INTERRUMPIMOS ESTE PROGRAMA.....	35
EL MUSEO DE MEDIA HORA.....	73
UN DIOS A DESTIEMPO.....	87
LA DISCO.....	105
DES(EN)TERRADO.....	121
EPÍLOGO: MALAS JUGADAS.....	133

## PRÓLOGO

Conocí a Kurt Hackbarth en Oaxaca, porque Tania, su mujer, asistía al Taller de cuento que entonces impartía en esa seductora ciudad. Después supe que había llegado de Connecticut a México en 1999, era profesor de literatura norteamericana y que además dirigía un seminario de traducción, al que tuve la posibilidad de asistir y confrontar un texto de Margaret Atwood y recibir una retroalimentación muy interesante. Pero no sabía que Kurt tenía otro as bajo la manga. Un libro de cuentos. El libro de cuentos que ahora podrán disfrutar los lectores gracias a los buenos oficios de Marcial Fernández, editor de Ficticia y fiel al cuento, y a la propuesta narrativa del autor.

Leer a Kurt en aquel manuscrito que generosamente compartió conmigo fue descubrir a un narrador original, con gran sentido del humor, tan pronto capaz de mezclar el cuento clásico con la puesta en escena, tan poderoso en los diálogos, cuya precisión ya Hemingway había mostrado, como en la mirada sobre asuntos de lo cotidiano o de lo insólito, lo rural o lo urbano. Sin duda Kurt Hackbarth sabe que se las está viendo con un género de la brevedad y la concisión que no admite desparramarse más allá del universo que lo contiene; se le notan las lecturas de cuentos que han formado su genética literaria a la que ahora se

suma de cuerpo completo con este volumen. Incluso hace un paródico homenaje a Edgar Allan Poe, sin cuyo legado los cuentistas de hoy nos tendríamos que estar inventando de otra manera. Sin embargo, como autor de un género canónico, Kurt se propone romper formalidades e invitar a los personajes en una suerte de pieza teatral a confrontar el “convenio” entre autor y personaje, la posibilidad de salirse de uno y otro universo e instalarse con sus rasgos y asunto en un cuento epílogo que los reúne y confronta de cara a la tradición y a la escritura, en una especie de museo viviente (tema muy afortunada de otro de los cuentos) donde los lectores los miramos como tras una vitrina (o barrera invisible).

La primera pregunta que hice a Kurt, después de leer y disfrutar sus cuentos, era si los había escrito en inglés primero y luego se había traducido a sí mismo, o alguien más lo había hecho —ya lo había escuchado yo hablar español fluido y correcto. Para mi sorpresa, me reveló que los había escrito en español. Que se había vuelto escritor en ese su segundo idioma, su segunda piel. Que había sido en Oaxaca donde decidió que quería sumar su mirada cifrada en palabras, a las de los autores hispanoamericanos. Pensé en Joseph Conrad, que siendo polaco escribió en inglés y se sumó a la tradición literaria inglesa; o en Nabokov que en vez del ruso adopta el inglés como la lengua para la creación literaria. ¿Se parece Kurt de alguna manera a los bebés francófonos del cuento con el que arranca el libro? Bebés que empiezan a hablar otra lengua de la de la casa y localidad donde se vive. Así, de la nada. ¿O será esa apropiación de otra lengua para expresarse en el terreno de la ficción lo que llama a Kurt, que lo ha vivido, a escribir un cuento tan original y perturbador como el que sienta el tono del libro? Sea lo insólito o lo grave de limpiar las mar-

cas de crecimiento en el muro, sea la travesura escolar donde el poder de un profesor y la dignidad de los alumnos están en juego, el enterrado que resulta enterrador, Kurt despliega una astucia narrativa cargada de malicia para observar el mundo que lo rodea, le preocupa y comparte en ocho cuentos diversos y de muy buena factura.

No tengo la menor duda de que estamos ante el estreno de quien habrá de seguirnos sorprendiendo desde este español del que se ha apropiado para inmiscuirnos en estos cuentos poderosos y punzantes, divertidos y siniestros. Kurt Hackbarth ha jugado a las vencidas con el cuento. *Interrumpimos este programa* da cuenta del resultado.

Enhorabuena.

Mónica Lavín  
Agosto 2012

## EL BEBÉ FRANCÓFONO

Cuando el bebé de la familia Johnson empezó a hablar francés, hubo de qué preocuparse. Sus padres lo llevaron a toda prisa a una consulta con su pediatra y un experto lingüista, quienes confirmaron el diagnóstico casero: el bebé hablaba francés y nada más.

—Lo hubiéramos traído antes —dijo la señora Johnson en tono de disculpa—, pero sus primeras palabras se parecían tanto al inglés que no notamos nada extraño. Sólo eran un poco diferentes en...

—Énfasis silábico. Sí, por supuesto —afirmó el experto lingüista.

—¡Y se oían tan tiernas! Nos decía “Ma-maan, Pa-paah”, con sus ojotes azules, ¡y era como la voz de un ángel!

El señor Johnson lanzó una mirada de recelo a su esposa antes de dirigir su atención al doctor.

—Pero ¿por qué francés? Es un idioma...

—¿Sí...? —dijo el pediatra.

—Es un idioma muy poco varonil, la verdad.

—¿Habla usted francés?

—¡Cómo cree!

—En todo caso, la idea de que existen idiomas varoniles o no varoniles es errónea —interpuso el experto lingüista—. Se trata de percepciones cien por ciento subjetivas.



—Entonces, mis ideas son erróneas —replicó el señor Johnson.

—Cariño, tranquilízate —la señora Johnson colocó una mano en el brazo de su marido—. Nadie está diciendo eso.

—Perdón, perdón —contestó su marido—. Es que todo esto me está sacando de mis casillas.

—Realmente no tiene precedentes —afirmó la pedia-  
tra—. Ya por el séptimo mes del periodo de gestación, los  
movimientos del feto se sincronizan con las unidades ver-  
bales de la madre. El bebé nace listo para reconocer el pa-  
trón sonoro materno. ¿Lo han expuesto a música o pelícu-  
las francesas?

—No —contestó la pareja al unísono.

—¿Le han leído en francés, antes o después del parto?

—¿Cómo le vamos a leer en francés si no lo hablamos?  
—vociferó el señor Johnson.

—Cariño...

—Ya estoy tranquilo, deja de molestarme.

—Al menos el francés tiene muchos cognados —razo-  
nó el experto lingüista.

—¿Cognados? —repitió la señora Johnson, arrugando  
la entrecejo.

—No es nada malo —dijo el experto lingüista con una  
leve sonrisa—. Los cognados son palabras que tienen el  
mismo significado en ambos idiomas. O vienen del latín o  
fueron adoptadas directamente del francés al inglés en  
épocas anteriores. Les ayudarán a entender lo que dice.

—Dejémonos de bobadas —dijo el señor Johnson—.  
¿Cómo le vamos a hacer para que mi Jack hable única y  
exclusivamente en inglés?

—Si no ha empezado ya, en un ambiente de inmersión  
total desde su nacimiento, no veo por qué empezaría a ha-  
cerlo ahora —concluyó el experto lingüista.

—¿Qué tan talentosos son ustedes para aprender otros idiomas? —preguntó la pediatra.

La segunda y la tercera opinión dispensadas por reconocidos especialistas en la materia, sólo sirvieron para corroborar la primera. Mientras tanto, las tentativas familiares por no llamar la atención sobre el asunto se iban a pique ante los chismosos del vecindario, quienes soplaron la noticia a los medios de comunicación, quienes a su vez armaron un alboroto impresionante frente a la casa del matrimonio. Alarmados, sus amigos acudieron por montones para animar a los atosigados Johnson con informes de otras familias que lo pasaban peor.

—Los vecinos a dos casas de la mía tienen un chiquito que está empezando a hablar en ruso —contó Bill Forrester al grupo reunido en la sala de estar—. Intentan impedir que salga, pero lo puedo oír cuando estoy desyerbando el jardín.

—Y yo tengo una pareja en el centro comunitario —agregó su esposa Jill, una trabajadora social—, son inmigrantes del Perú, pero su bebé de la nada empezó con una serie de balbuceos que nadie podía entender, entonces tuvimos que recurrir a un experto lingüista. De hecho, creo que es el mismo que diagnosticó a Jacques.

—¡Jack! —interpuso secamente el señor Johnson desde la repisa de la ventana.

—Sí, perdón. Bueno, el lingüista tampoco le entendió nada, entonces llamó a otros colegas y resulta que es un dialecto del cantonés que sólo se habla en determinadas regiones de Guangzhou, China.

—¿Un cantonés que solamente se habla en ciertos cantones? —ofreció la señora Johnson.

Un quejido se dejó escapar desde la repisa de la ventana.

—Al menos estos son idiomas vivos —opinó Pauline Knapp, una compañera de tenis de la señora Johnson—. ¿No han oído hablar de la pareja con gemelos, uno de los cuales habla... —sacó de su bolsillo un recorte de periódico y lo desdobló— “...el germánico antiguo, y el otro, una innovadora mezcla de dialectos malayo-polinesios. Los aturdidos padres no pudieron más que rascarse la cabeza”. ¿Pueden creer eso?

—Eso no es nada —agregó Steven, el esposo de Pauline, inclinándose con complicidad hacia el centro del grupo—. Tengo un colega en el trabajo, un tipo genial, acaban de darle un ascenso, y él tiene una nena que empezó a hablar en... proto-*sapiens*.

—Creo que el nombre correcto de la especie es *homo sapiens* —dijo la señora Johnson.

—No, dije que habla en proto-*sapiens* —contestó Steven.

—¡Exacto! —exclamó la señora Johnson—. ¡Lo que distingue a *homo sapiens* es que hablamos!

—¿Y si dejaras de hablar tú? —preguntó su esposo.

—Se especula que el proto-*sapiens* fue el primer idioma de la raza humana —prosiguió Steven—. Los investigadores han intentado reconstruirlo desde hace doscientos años y de repente nace esta nena que lo habla espontáneamente, pero... —bajó la voz a un susurro— apareció el FBI y se la llevaron. No se sabe nada de ella desde entonces. La esposa está fuera de sí.

El hijo de los Johnson entró bamboleándose a la sala de estar, buscando entre los invitados a su madre.

—*Maman, je veux un biscuit* —balbuceó.

—¡Cállate, chiquillo! —su padre cerró las cortinas de un tirón.

Dado el cariz de las cosas, los Johnson resolvieron despachar su problema por vías diplomáticas. A cambio de una

*suite* de por vida en el Castillo Frontenac, cedieron la tutela de su hijo al Ministerio de Cultura de la Provincia de Quebec, que no tardó en esgrimirlo como una muestra de la superioridad innata de la lengua gala. A pesar de la discreción empleada, la noticia del trato también se filtró y desencadenó una epidemia mundial de tráfico de bebés, o “johnsonismo”, protagonizado por los padres cuyos niños hablaban todo menos sus respectivas lenguas maternas; en el caso de los bebés que hablaban lenguas muertas, se obtuvieron ganancias todavía más sustanciosas de las fundaciones científicas internacionales. La práctica, condenada por la ONU, las ONG y algunos partidos marginales de ultraizquierda, persistió de manera clandestina hasta el día en que Pauline Knapp entró jadeando por la puerta principal de la casa de los Johnson.

En lugar de muebles, la casa estaba llena de cajas empaquetadas. En la sala de estar, el señor Johnson llenaba una de las últimas a la vez que hablaba con Forrester.

—Para ser honesto, estoy un poco preocupado por esto de criar al nuevo bebé en Quebec, pero me han garantizado lugares en las mejores escuelas anglófonas para que lo atiborren de inglés —chocó un puño contra la palma de su mano—, no importa qué idioma nazca hablando.

—¡Excelente! —dijo Forrester.

—Es más, ya me tienen un trabajo como entrenador de béisbol.

—¿A poco juegan al béis en Canadá?

El señor Johnson volvió a chocar el puño contra la palma de su mano.

—Lo van a jugar.

Pauline encontró a la señora Johnson, con varios meses de embarazo, ocupada en la tarea de vaciar los armarios de la recámara principal.

«INTERRUPIMOS ESTE PROGRAMA»

DE KURT HACKBARTH

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 5 DE OCTUBRE DE 2012

(A CIENTO ONCE AÑOS DE QUE JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN  
ABOLIERA LA ESCLAVITUD EN TERRITORIO NACIONAL)

EN LOS TALLERES DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A.

CERRO TRES MARÍAS NÚM. 354, COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO,

C.P. 04200, MÉXICO, D.F.